
Carmen Boullosa

ALBUM FAMILIAR

(Fragmentos)

ESO

Cualquiera en su sano juicio puede recoger **eso** en la acera y tirarlo unos metros más adelante o antes de subirse al trolebús sin que el hecho tenga nada de desorbitado, o bien, en un caso menos equilibrado, conservarlo, meterlo en una caja, guardarlo en un ropero y pensar “¡qué manía!”, pero el caso de papá excede con mucho a estos descritos. Levantó **eso**, lo trajo a la casa, nos lo mostró a todos, y luego se desencadenó lo demás. Eramos demasiados y fuimos demasiado inocentes como para darnos cuenta de que en realidad la vergüenza estaba elaborada usándonos a todos como ingredientes y no apoyada únicamente en la presencia inexplicable de **eso**, por ello desempeñamos con suma corrección nuestro papel.

Recuerdo bastantes datos, anécdotas y ambientes previos a su aparición, la precisión de las imágenes que puedo revivir no sirve para nada, ya no nos pertenecen. Tal fue el primer síntoma. No se sabe quién soltó al perro en el patio de atrás. Quien lo hizo supo que acabaría con las palomas. Una quedó con vida, pero tan maltrecha que papá la mandó matar. Ni esa vez ni las otras nos dio la cara; fingía no tener conexión alguna con el cambio abrupto, o con la aparición de **eso**. El día en que, fastidiada, intenté tirarlo, en que, venciendo mi asco, lo tomé entre dos pedazos de cartón rígido para sacarlo de la casa, papá se me acercó, me jaló de un brazo provocando que **eso** fuera a dar al piso, y me arengó sobre otras cosas: sobre el desorden de mi cuarto, creo. Nada de que “es mío” o alguna frase que sugiriera la posesión que era estúpido querer ocultar.

A raíz de la aparición nos aislamos; evitamos a los parientes y a los amigos; nos presentábamos en la escuela únicamente en la época en que había de pagarse la colegiatura hasta que un día llegó a la casa un sobre dirigido a papá conteniendo una nota que le comunicaba nuestra expulsión. Bien; ya no tendríamos ante quien enrojecer, era mejor

así porque la situación era difícil y lo sabíamos; nos molestaba; no tenía remedio; nos dejarían en paz.

La manía se hizo más persistente. Papá cambiaba **eso** de lugar continuamente para sorprendernos, de modo que ya no podíamos estar tranquilos en ningún rincón de la casa, seguros de que no se notaría su presencia. Luego le dio por ponerle nombre y lo repetía lloriqueando por las noches, como parte de un estribillo que terminó con la costumbre por arrullarnos:

Susana, cosa pequeña,
¿por qué no serás mujer?
Pesas, hiedes, me ahuyentas,
¿por qué no serás mujer?”

Lo repetía en voz alta incontables veces. Dicen que mientras lo hacía se llevaba **eso** a su cuarto para acunarlo, pero, al margen de que me dé asco pensarlo, no lo creo así, ya que nunca vi que lo tocara —seguramente se valía de cartones, como lo hice yo, o de un recogedor, para los continuos cambios de sitio— y, además, una noche en que lo oía lloriquear tuve la impresión de que tropecé con **eso** en mi baño. No me detuve a confirmarlo, prefería quedarme toda la noche sin lavarme los dientes antes que regresar o intentar llegar hasta el de mis hermanas.



TURISTA

Una tarde, como muchas otras, jugábamos con papá una partida de turista. El juego se había puesto interesante, yo estaba mirando absorta mi posición en el tablero, todos deseábamos el barco, Lolis contaba su dinero cuando papá dijo:

—María José, corre a abrir la puerta.

—No sonó el timbre, papá.

Contestó con una mirada helada a la observación de Lolis. María José corrió a abrir, procurando no pisar raya alguna al avanzar.

—Usted —papá señaló hacia algún sitio—, usted; tome asiento.

En el lugar de María José se sentó una mujer. Estaba bien que alguien la supliera, pasaría tiempo en lo que cruzaba el jardín de ida y regreso.

—Carmen, corre a la cocina por una jarra de agua, mientras explico las reglas.

¡Maldición! ¿Por qué yo? Fui a la cocina por la jarra de agua y cuando regresé a mi sitio estaba ocupado por una niña y el de Lolis por otra que no era ella. Dejé la jarra de agua en la mesa. Papá explicaba con paciencia simulada cuál era el mecanismo del juego. Tengo la impresión de que llamaba con mi nombre a la que se había sentado en mi lugar, mientras que para dirigirse a las otras sólo usaba un “usted” o un “niña”.

Lolis estaba sentada en un banquito en la esquina más oscura del cuarto sosteniendo con el pulgar y el índice de la mano derecha un cortauñas y me apresuré a acomodarme a su lado. Apenas cabíamos, pero estábamos calientitas. Lolis me dijo en voz muy baja:

—Mira qué me mandó a traer.

Y señaló el cortauñas con un movimiento de la cabeza. La partida se había reiniciado.

—Papá —me acerqué a la mesa—, ¿y María José?

Enfureció.

—¿No ves que en este preciso instante es mi turno? Eres de una impertinencia atroz.

Eso lo hemos sabido siempre; lo heredé de mi madre; no entiendo por qué lo sacó a relucir en el momento. La señora que estaba sentada a su lado le dijo en voz baja:

—Castígala.

Me encerraron en un cuarto atestado de trébejos y del cual escapé. A Lolis la veo todos los días, pero de la otra nunca más volvimos a tener noticia alguna.

AL ABOGADO

Se preguntará el lector por qué no escapamos. Quizá en su pregunta se perciba un tono de reproche que podríamos traducir de la siguiente manera: “Por no hacerlo, se merecen la vida que llevan.” En la actualidad salir de aquí es imposible —¿usted cree que se le puede reprochar al leproso que no abandone el cuerpo que le cuelga, como de un hilo, de sí mismo al caminar?—, he aclarado que vivimos una única vida y no podríamos pensar en una escisión, pero en otros tiempos tuvimos una oportunidad de escapatoria que no alcanzó el desenlace que esperábamos.

Decidimos irnos de la casa; a papá le bastaría su manía para no sentirse solo y, por otra parte, hacía ya meses que nos sentíamos estorbosos, sentimiento que no nacía en ninguna medida de nuestra ya para entonces tan alterada imaginación. El sería más feliz si podía disponer de sí mismo y de su casa, nosotros viviríamos mejor, sin duda alguna, sin tener que lidiar con lo que podríamos llamar, para resumir, gustos incompatibles.

La mayor de todos se le acercó para decírselo. Pensamos que nuestra petición lo sorprendería, pero sosegado sacó un papel de su cartera, se lo alcanzó a Lolis y se dio la media vuelta. El papel decía:

Cualquier aclaración que se precise acerca de mi posición debe consultarse con mi abogado. La respuesta a su petición es NO.

En el NO, escrito con enormes letras de imprenta, creí ver un poco de **eso** embarrado, pero en el estado en que me encontraba ustedes comprenderán que es muy factible que lo haya imaginado.

Fuimos al abogado. En cuanto nos recibió en su oficina, dijo “un momento” y llamó por el interfono a su secretaria. La enorme señorita entró y se sentó atrás de nosotros, frente al abogado. El abogado dijo:

—Una, dos, tres.

Y él y ella se echaron a reír. Así estuvieron diez minutos. Creíamos enloquecer entre esos dos muros de sorna cuando por fin callaron. El abogado dijo:

—¿Entendieron? Se ha terminado la sesión; es la primera y la última; hagan el favor de salir.

Así lo hicimos, uno por uno cruzamos la puerta. Atrás los oíamos —al abogado y a su secretaria— conversar de otros asuntos. Ha pasado mucho tiempo. Ahora romper es imposible. Incluso debo confesar que me he sorprendido deseando que **eso** se reproduzca, con el fin de poder adoptar un **eso** para mi uso exclusivo.